

V. CRISTIANOS SIN ORACIÓN

«Si alguna vez hubo un tiempo en que Pedro, Jacobo y Juan necesitaban permanecer despiertos, fue en Getsemaní. Si Jacobo hubiera persistido en mantenerse despierto, podría haber salvado su decapitación unos años después. Si Pedro se hubiera animado a interceder realmente por sí mismo y por los demás, no habría negado a su Cristo esa noche en el palacio de Caifás». —H. W. Hodge.

Hay una gran necesidad en este día de que los hombres de negocios cristianos informen sus asuntos mundanos con el espíritu de oración. Hay un gran ejército de comerciantes exitosos de casi toda clase que son miembros de la Iglesia de Cristo, y ya es hora de que estos hombres atiendan este asunto. Esta no es sino otra versión de la frase «poner a Dios en los negocios», la realización y el freno de Su presencia y de Su temor en todas las secularidades de la vida. Necesitamos la atmósfera del aposento de oración que impregne nuestras salas de ventas públicas y nuestras oficinas contables. La santidad de la oración es necesaria para impregnar los negocios. Necesitamos el espíritu del domingo llevado al lunes y continuado hasta el sábado. Pero esto no puede ser hecho por hombres sin oración, sino por hombres de oración. Necesitamos hombres de negocios que se ocupen de sus asuntos con la misma reverencia y responsabilidad con que entran en el aposento secreto. Se necesitan urgentemente hombres desprovistos de codicia, pero que con todo su corazón lleven a Dios consigo a los asuntos seculares de la vida.

Los hombres del mundo imaginan que la oración es una cosa demasiado impotente para entrar en rivalidad con los métodos comerciales y las prácticas mundanas. Contra tan engañosa doctrina, Pablo opone todos los mandamientos de Dios, la lealtad a Jesucristo, las exigencias del carácter piadoso y las demandas de la salvación del mundo. Los hombres deben orar, y poner fuerza y corazón en su oración. Esto es parte del negocio primordial de la vida, y a ello Dios ha llamado a los hombres, antes que nada.

Los hombres que oran son los agentes de Dios en la tierra, los representantes del gobierno del cielo, puestos para una tarea específica en la tierra. Si bien es cierto que el Espíritu Santo y los ángeles de Dios son agentes de Dios en llevar adelante la redención de la raza humana, sin embargo, entre ellos debe haber hombres que oren. De tales hombres Dios hace un gran uso. Puede hacer mucho de ellos, y en el pasado ha hecho cosas maravillosas por medio de ellos. Estos son Sus instrumentos para llevar a cabo los grandes propósitos de Dios en la tierra. Son los mensajeros de Dios, Sus centinelas, pastores, obreros, que no necesitan avergonzarse. Plenamente equipados para la gran obra a la que están designados, honran a Dios y bendicen al mundo.

Por encima de todo lo demás, los hombres y mujeres cristianos deben ser, primordialmente, líderes en la oración. No importa cuán conspicuos sean en otras actividades, fracasan si no son conspicuos en la oración. Deben entregar su cerebro y su corazón a la oración. Los hombres que hacen y dan forma al programa de la Iglesia de Cristo, que trazan su línea de actividad, deben ser ellos mismos formados y hechos por la oración. Los hombres que controlan las finanzas de la Iglesia, su pensamiento, su acción, todos deben ser hombres de oración.

El progreso hacia la consumación de la obra de Dios en este mundo tiene dos principios básicos: la capacidad de Dios para dar y la capacidad del hombre para pedir. El fracaso en cualquiera de los dos es fatal para la

éxito de la obra de Dios en la tierra. La incapacidad de Dios para hacer o dar pondría fin a la redención. La incapacidad del hombre para orar, con igual certeza, pondría un límite al plan. Pero la capacidad de Dios para hacer y dar nunca ha fallado y no puede fallar; pero la capacidad del hombre para pedir puede fallar, y a menudo falla. Por lo tanto, el lento progreso que se está logrando hacia la realización de un mundo ganado para Cristo depende enteramente de la limitada capacidad de pedir del hombre. Es necesario que toda la Iglesia de Dios, en la tierra, se entregue a la oración. La Iglesia de rodillas traería el cielo a la tierra.

La maravillosa capacidad de Dios para hacer por nosotros es expresada así por Pablo en una de sus declaraciones más abarcadoras: «Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia», dice, «a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra».

Estudie, os ruego, esa notable declaración: «poderoso es Dios para hacer que abunde toda gracia». Esto es, Él es capaz de dar tal suficiencia, que podamos abundar—rebosar—para toda buena obra. ¿Por qué no estamos más plenamente conformados según este orden de superabundancia? La respuesta es: falta de capacidad de oración. «No tenéis porque no pedís». Somos débiles, flacos y empobrecidos a causa de nuestra falta de oración. Dios está restringido en el hacer porque nosotros estamos restringidos por razón de nuestra falta de oración. Todas las fallas en la obtención del cielo son rastreables a la falta de oración o a la petición mal dirigida.

La oración debe ser amplia en su alcance—debe interceder por otros. La intercesión por otros es la marca distintiva de toda verdadera oración. Cuando la oración se confina a uno mismo y a la esfera de las necesidades personales, muere por razón de su pequeñez, estrechez y egoísmo. La oración debe ser amplia y desinteresada o perecerá. La oración es el alma del hombre conmovida a suplicar a Dios por los hombres. Además de estar interesada en los intereses eternos del alma propia, debe, en su misma naturaleza, preocuparse por el bienestar espiritual y eterno de otros. La capacidad de uno para orar por sí mismo encuentra su culminación en la compasión que su preocupación expresa por otros.

En 1 Tim. 1, el apóstol Pablo insta con singular y específico énfasis, que aquellos que ocupan posiciones de influencia y lugares de autoridad, se entreguen a la oración. «Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar». Este es el alto llamamiento de los hombres de la Iglesia, y ningún llamamiento es tan atrayente, tan absorbente y tan valioso que podamos permitirnos relevar a los hombres cristianos de la vocación tan importante de la oración secreta. Nada en absoluto puede tomar el lugar de la oración. Nada en absoluto puede expiar la negligencia de orar. Esto es lo principal, primero en punto de importancia y primero en

punto de tiempo. Ningún hombre es tan elevado en posición, o en gracia, como para estar exento de la obligación de orar. Ningún hombre es demasiado grande para orar, no importa quién sea, ni qué oficio ocupe. El rey en su trono está tan obligado a orar como el campesino en su cabaña. Ninguno es tan alto y exaltado en este mundo ni tan humilde y oscuro como para ser excusado de orar. La ayuda de cada uno es necesaria en la prosecución de la obra de Dios, y la oración de cada hombre que ora ayuda a engrosar el conjunto. Los líderes en posición, en dones y en autoridad deben ser jefes en la oración.

Los gobernantes civiles y eclesiásticos dan forma a los asuntos de este mundo. Y así los gobernantes civiles y eclesiásticos mismos necesitan ser formados personalmente en espíritu, corazón y conducta, en verdad y justicia, por las oraciones del pueblo de Dios. Esto está en línea directa con las palabras de Pablo:

«Exhorto, pues», dice, «que, ante todo, se hagan súplicas, oraciones, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en autoridad».

Es un día triste para la justicia cuando la política eclesiástica, en lugar de la santa oración, da forma a la administración del Reino y eleva a los hombres a posiciones y poder. ¿Por qué orar por todos los hombres? Porque Dios quiere la salvación de todos los hombres. Los hijos de Dios en la tierra deben vincular sus oraciones a la voluntad de Dios. La oración ha de llevar a cabo la voluntad de Dios. Dios quiere la salvación de todos los hombres. Su corazón está puesto en esta sola cosa. Nuestras oraciones deben ser la creación y el exponente de la voluntad de Dios. Hemos de abarcar a la humanidad en nuestras oraciones como Dios abarca a la humanidad en Su amor, Su interés y Sus planes para redimir a la humanidad. Nuestras simpatías, oraciones, luchas y ardientes deseos deben correr paralelos a la voluntad de Dios, amplia, generosa, mundial y semejante a Dios. El hombre cristiano debe en todas las cosas, ante todo, estar conformado a la voluntad de Dios, pero en ningún lugar esta devoción real será más evidente que en la salvación de la raza de los hombres. Esta alta sociedad con Dios, como Sus vicegerentes en la tierra, ha de tener su más pleno, rico y eficiente ejercicio en la oración por todos los hombres.

Los hombres han de orar por todos los hombres, han de orar especialmente por los gobernantes en la Iglesia y el estado, «para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad». Paz por fuera y paz por dentro. La oración calma las fuerzas perturbadoras, apacigua los temores atormentadores, lleva la contienda a su fin. La oración tiende a hacer desaparecer la agitación. Pero incluso si hubiera conflictos externos, es bueno tener profunda paz dentro de la ciudadela del alma. «Para que vivamos quieta y reposadamente». La oración trae la calma interior y proporciona la tranquilidad exterior. Gobernantes que oran y súbditos que oran, si esto fuera en todo el mundo, calmarían las fuerzas turbulentas, harían cesar las guerras y reinar la paz.

Los hombres deben orar por todos los hombres para que vivamos «en toda piedad y honestidad». Esto es, con piedad y gravedad. Piedad es ser como Dios. Es ser piadoso, tener semejanza a Dios, tener la imagen de Dios estampada en la naturaleza interior, y mostrar la misma semejanza en conducta y en temperamento. El Dios Todopoderoso es el modelo mismísimo y altísimo, y ser como Él es poseer el carácter más elevado. La oración nos moldea a la imagen de Dios, y al mismo tiempo tiende a moldear a otros a la misma imagen en la misma proporción en que oramos por otros. Orar significa ser semejante a Dios, y ser semejante a Dios es amar a Cristo y amar a Dios, ser uno con el Padre y el Hijo en espíritu, carácter y conducta. Orar significa permanecer con Dios hasta que seas como Él. La oración hace a un hombre piadoso, y pone dentro de él «la mente de Cristo», la mente de humildad, de entrega propia, de servicio, de piedad y de oración. Si realmente oramos, llegaremos a ser más como Dios, o de lo contrario dejaremos de orar.

«Los hombres han de orar en todo lugar», en el aposento secreto, en la reunión de oración, alrededor del altar familiar, y hacerlo, «levantando manos santas, sin ira ni contienda». Aquí no solo está la obligación impuesta a los hombres de orar, sino instrucciones en cuanto a cómo deben orar. «Los hombres deben orar sin ira». Esto es, sin amargura contra sus prójimos o hermanos; sin la obstinación y pertinacia de una voluntad fuerte, y sentimientos duros, sin un deseo malo o emoción encendida por los fuegos de la naturaleza en la naturaleza

carnal. El orar no ha de hacerse por medio de estas cosas cuestionables, ni en compañía de tales sentimientos malos, sino «sin» ellos, apartado y enteramente separado de ellos. Esta es la clase de oración que los hombres son llamados a hacer, la clase que Dios oye y la clase que prevalece con Dios y logra cosas. Tal oración en las manos de los hombres cristianos llega a ser agencias divinas en las manos de Dios para llevar adelante los propósitos graciosos de Dios y ejecutar Sus designios en la redención.

La oración tiene un origen más elevado que la naturaleza del hombre. Esto es verdad ya sea que se entienda la naturaleza del hombre como separada de la naturaleza angelical, o la naturaleza carnal del hombre no renovada e incambiada. La oración no se origina en los reinos de la mente carnal. Tal naturaleza es enteramente ajena a la oración simplemente porque «la mente carnal es enemistad contra Dios». Es por el nuevo Espíritu que oramos, el nuevo espíritu endulzado por el azúcar del cielo, perfumado con la fragancia del mundo superior, y vigorizado por un soplo del mar de cristal. El «nuevo espíritu» es nativo de los cielos, jadeando tras las cosas celestiales, inspirado por el aliento de Dios. Es el temperamento orante del cual todos los jugos viejos de la naturaleza carnal, no regenerada, han sido expulsados, y el fuego de Dios ha creado la llama que ha consumido las concupiscencias mundanas, y los jugos del Espíritu han sido inyectados en el alma, y el orar está enteramente divorciado de la ira.

Los hombres también han de orar «sin dudar». La Versión Revisada lo pone: «sin contiendas». Fe en Dios, creencia en la Palabra de Dios, deben tener «sin cuestionar». Ninguna duda o contienda debe haber en la mente. No debe haber opiniones, ni vacilación, ni cuestionamiento, ni razonamiento, ni evasivas intelectuales, ni rebelión, sino una estricta y firme lealtad de espíritu a Dios, una vida de lealtad en corazón e intelecto a la Palabra de Dios.

Dios tiene mucho que ver con los hombres creyentes, que tienen una fe viva y transformadora en Jesucristo. Estos son los hijos de Dios. Un padre ama a sus hijos, suple sus necesidades, oye sus clamores y responde a sus peticiones. Un hijo cree a su padre, lo ama, confía en él, y le pide lo que necesita, creyendo sin dudar que su padre oirá sus peticiones. Dios tiene todo que ver con responder la

oración de Sus hijos. Sus problemas le conciernen, y sus oraciones le despiertan. Su voz le es dulce. Le encanta oírles orar, y nunca está más feliz que cuando responde a sus oraciones.

La oración está destinada al oído de Dios. No es el hombre, sino Dios quien oye y responde la oración. La oración cubre todo el rango de la necesidad del hombre. Por lo tanto, «en todo, por oración y súplica», han de ser «las peticiones dadas a conocer a Dios». La oración incluye todo el rango de la capacidad de Dios. «¿Hay algo demasiado difícil para Dios?». La oración no pertenece a ningún segmento favorecido de la necesidad del hombre, sino que alcanza y abarca todo el círculo de sus necesidades, simplemente porque Dios es el Dios del hombre entero. Dios se ha comprometido a suplir las necesidades del hombre entero, físicas, intelectuales y espirituales. «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús». La oración es hija de la gracia, y la gracia es para el hombre entero, y para cada uno de los hijos de los hombres.